

Formas del terror en la literatura argentina

Este material de lectura, pensado para la primera reunión del Seminario de Humanidades de la Universidad de San Andrés del año 2012, consta de dos partes. La primera es una presentación que resume los objetivos e hipótesis de nuestro grupo de investigación "Ubacyt", que integramos junto con Sandra Gasparini, Marcos Seifert y María Mendizábal. La segunda parte es un texto crítico de Claudia Torre producido en el marco del trabajo del grupo. La idea de la presentación de estos textos en el Seminario es poder discutir las líneas generales de investigación aquí expuestas, así como el análisis más puntual que propone el texto de Claudia.

Pablo Ansolabehere y Claudia Torre

1) Objetivos e hipótesis

El terror es uno de los elementos constitutivos de la literatura y la cultura argentinas prácticamente desde sus orígenes. En varios de sus textos "fundacionales", el terror, vinculado directamente con ciertas prácticas políticas, es motivo de reflexión al mismo tiempo que se vuelve un eje alrededor del cual se organiza el relato. En *Facundo* (1845), por ejemplo, Sarmiento trata de explicar el *modus operandi* que define al gobierno de Rosas y de ese universo que denomina barbarie a partir del análisis pero, también, de la puesta en relato del terror. En *Amalia* (1851-1855), una novela inaugural de la literatura argentina, José Mármol focaliza la trama en un momento preciso de la historia nacional, 1840, conocido en la historiografía como el año del "terror" provocado por las fuerzas represivas del gobierno de Rosas. Allí el terror político se reconoce en itinerarios urbanos, en las huidas y corridas de una casa a otra llevando mensajes cifrados, en reuniones clandestinas, en delaciones inesperadas. En "El matadero" (c. 1840), de Esteban Echeverría, y en "La refalosa" (c.1842), de Hilario Ascasubi, el terror se hace visible a través de la descripción de la tortura y la muerte de las víctimas políticas, así como de las voces de los torturadores que no ocultan el placer que les depara su acción. Pero, además, en estos y otros textos del período rosista, hay ciertos detalles en la construcción de las situaciones donde el terror ocupa el centro de la escena, que permiten pensarlo también como género literario. La preferencia por los tonos sombríos, la similitud de ciertos personajes con criaturas demoníacas, o fantasmales, la presencia de la muerte, lo sobrenatural, la sangre y el exceso son notas frecuentes que remiten a uno de los antecedentes literarios constitutivos del romanticismo europeo, presente en el rioplatense: la literatura gótica, fuente primaria, a su vez, de la narrativa moderna de terror. Este cruce entre literatura, política y terror define una constante que, a pesar de sus variantes, se verifica a lo

largo de toda la historia literaria argentina, con reconocibles momentos de condensación simbólica que, no casualmente, coinciden con períodos históricos donde el horror forma parte indisoluble de la maquinaria estatal.

El objetivo central de este proyecto es, entonces, hacer una indagación sobre el terror argentino enfocada en el eje literatura y política, y a partir de un corpus constituido por textos vinculados con tres de esos momentos de condensación simbólica: el período rosista (1829-1852), el período de “consolidación del estado nacional” (1879-1900) y la última dictadura militar argentina (1976-1983). Partimos de la idea de que alrededor del terror se construye una suerte de matriz narrativa a la que la tradición literaria le otorga consistencia y continuidad, y que atraviesa géneros discursivos diversos. Es por eso que, si bien el foco está puesto en lo literario, es posible incorporar relatos en principio ajenos a su universo, como los testimonios de los vecinos de centros de detención clandestinos, impregnados por rasgos de “lo gótico”, que dialogan con algunas de las llamadas “novelas de la dictadura”, o una diversa gama discursiva que conforma la literatura expedicionaria de la “Campaña del Desierto”.

El primer momento elegido es el que está dominado política y simbólicamente por la figura de Rosas. Mientras que en Europa y los Estados Unidos, durante la primera mitad del siglo XIX, la narrativa de terror exhibe ejemplos numerosos y notables (desde Frankenstein, de Mary Shelley, a muchos cuentos de E. T. A. Hoffmann o Edgar Poe), en el Río de la Plata no hay prácticamente ningún ejemplo a la vista. El relato de terror sólo aflora a través de algunos de sus rasgos, formando parte de otro tipo de géneros, donde el eje es la política, ya sea un ensayo biográfico (Facundo), una novela (Amalia), un cuento (El matadero). Pero si hay que buscar, en el Río de la Plata un género donde la tradición gótica está presente de manera más directa, ese género es la poesía, como puede verificarse en Avellaneda (1849), de Echeverría, o en una parte considerable de la obra poética de José Rivera Indarte, el autor de las Tablas de sangre. Así como el terror está presente en el origen de la literatura argentina, ese origen muestra un desvío con respecto a lo que sucede con el género en Europa e incluso los Estados Unidos: los elementos gótico-terroríficos aparecen de manera privilegiada en algunos poemas o en relatos donde lo ominoso siempre tiene que ver, directa o indirectamente, con la política y los modos de represión estatal. Y sus alcances se verifican incluso después de la caída de Rosas, como en los relatos de Juan Manuela Gorriti, donde los motivos del pasadizo y los espacios subterráneos, característicos del género, son reescritos para connotar, sobre todo, la clandestinidad política pero también la de las pseudociencias.

El segundo momento de nuestro proyecto corresponde a las dos últimas décadas del siglo XIX, período histórico de “consolidación del estado nacional” y de creciente presencia de la cultura científica. Justamente una de las operaciones fundamentales para lograr esa consolidación fue la llamada Conquista del Desierto (1879-1885), alrededor de la cual se articula una narrativa expedicionaria en la que puede verificarse un anecdotario del terror vinculado con la vida militar de los fortines de frontera. Aparecidos, muertes inexplicables, sombras de indios, ánimas del desierto, desertores fantasmáticos, presagios de los soldados, temor a lo desconocido y al abismo del paisaje en el que se internaban las expediciones militares compilan un anecdotario del terror que la narrativa captura y muestra en sus costados más crudos y al mismo tiempo trata de racionalizar a través del disciplinamiento y la profesionalización de las milicias. Por su parte, la cultura civilizadora busca corregir la superstición atribuida al mundo salvaje y a las clases populares que conforman la tropa del ejército (Manuel Olascoaga, Eduardo Racedo). También puede leerse este disciplinamiento en los escritos de los científicos que acompañaron o asesoraron las expediciones, (Francisco Moreno, Ramón Lista) y de los sacerdotes que buscaban “almas irredentas” (Antonio Espinosa, Costamagna) así como de los periodistas o escritores (Alfred Ebelot, Eduardo Gutiérrez, Remigio Lupo). Por otro lado, ya hacia mediados de la década de 1890, en algunos relatos de Eduardo L. Holmberg (1852-1937), el terror asume un papel muy importante al plantearse como eje de la polémica entre materialismo y espiritualismo. Averiguar qué o quién origina el terror para naturalizarlo y, por ende, desarticularlo, vertebró la orientación ideológica de los narradores. Por eso terror y policial convergen en estas ficciones. La tensión central en “La casa endiablada” y en “Nelly” (1896) entre superstición, fenómenos psíquicos y discurso científico anuda las tramas provocando conflictos resueltos de modos disímiles pero igualmente productivos. Espiritualismo, tecnología y materialismo entran en colisión, racionalizando los elementos góticos a partir de las hipótesis de la neuropsiquiatría sobre la sugestión, la histeria y la telepatía.

El tercer y último *momento* de este proyecto tiene como núcleo la última dictadura militar argentina (1976-1983), responsable de un *terrorismo de estado* que retoma pero al mismo tiempo supera en horror experiencias anteriores. De las múltiples posibilidades de abordar el *terror* en relación con la dictadura, nos interesa la indagación de los vínculos entre distintos géneros y formas de representación del terror de estado. Por un lado, el *testimonio* y su compleja construcción del verosímil y la “verdad”, como en el caso de *La escuelita. Relatos*

testimoniales (Partnoy), que “apuesta a la escritura de lo mínimo”,¹ y en el que reaparece una presunción que recorría la literatura del período histórico gobernado por Rosas: que el terror se construye con la arbitrariedad y con la anuencia colectiva. Los secuestrados por el aparato represivo estatal no conforman una grilla con caracteres regulares: sobreviven o no por una lógica que las víctimas desconocen. Verdad, verosimilitud e historia se entremezclan para hablar del horror de los campos de concentración desde la autoridad que confiere el pacto autobiográfico. A través de desplazamientos metonímicos el horror de los centros clandestinos es narrado en imágenes entrevistas desde vendas, rendijas, o la audición de gritos, o el rumor lejano de una referencia que ubica a los detenidos espacialmente. Como en *Pasos bajo el agua* (Kozameh): desde lo banal o lo cotidiano se arma el rompecabezas del terrorismo de Estado a partir de una marcada perspectiva de género, pero no desde sus presupuestos teóricos, sino más bien desde el decir poco para decir mucho. En contrapunto con estos testimonios trabajan una serie de novelas como *Villa* (Guzmán), *Dos veces junio* (Kohan) o *El fin de la historia* (Heker) que abordan y exponen las voces del terror “desde adentro”. Si estas novelas imaginan el habla de monstruos políticos, de aquellos que rompen totalmente el pacto social por medio del cual la sociedad puede existir, esta figura de monstruosidad, al mismo tiempo, se pone en crisis. La representación social del monstruo se complejiza en los textos en tanto éstos se encargan de enfocar el consentimiento y colaboracionismo de gran parte de la población con el terrorismo de Estado. Lo inexplicable y lo siniestro se afirman en tensión constante con el discurso metódico que justifica la violencia. Estas ficciones hacen hincapié en miradas sesgadas que exponen huecos y zonas turbias de la experiencia en tensión, muchas veces, con los discursos de la militancia y de la memoria. Por eso nos parece pertinente cruzar estas ficciones con otras formas cercanas de representar el terror: ciertos repertorios de memorias e impresiones (que incluyen micro-relatos) elaborados por los vecinos de los barrios donde funcionaron algunos *Centros Clandestinos de Detención* (CCD) durante la última dictadura militar, que en los últimos años han sido recuperados, como la ex ESMA y el ex “Olimpo”. En esas representaciones aparece el miedo (en tiempo presente) en relación con el lugar; en ellas se menciona que durante mucho tiempo se han escuchado gritos y gemidos provenientes de los ex centros clandestinos; que esos lugares -imagen de lo *monstruoso*- parecen castillos embrujados poblados por fantasmas. En todos los casos, en torno a esos *sitios del terror*, asociados con todo un repertorio que se reconoce en la tradición gótica, se produce, al mismo tiempo, una *ambigüedad simbólica* asimilable a la que caracteriza el vínculo de las personas

¹ NOFAL, Rossana. “Literatura y testimonio: desaparecidos, militantes y soldados”. En Ríos Baeza, Felipe y Palma Castro, Alejandro (comps.). *Memorias del XXXVII Congreso Internacional del ILLI, 24 al 28 de junio de 2008*. Puebla, México: Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2010. CD-ROM

con los lugares sagrados. Ambigüedad que también parece estar presente en algunas ficciones que vuelven sobre esos sitios.

Corpus inicial

- BRUZZONE, Félix. *76 y Los topos*, 2008.
- DAIREAUX, Geoffrey. *Las veladas del Tropero*, 1911.
- DAZA, José S., *Episodios militares*, 1908.
- DOERING, Adolfo y Lorentz, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*, 1939.
- EBELOT, Alfred, *Relatos de la Frontera*, 1880.
- ECHEVERRÍA, Esteban. *Obra poética (1832-1849), El matadero (c.1840)*
- ESPINOSA, Antonio. *La Conquista del Desierto. Diario del Capellán de la Expedición de 1879, Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires*, 1939.
- FOTHERINGAM, Ignacio H. *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*, 1908.
- GORRITI, Juana Manuela. *Panoramas de la vida*, 1876, *Sueños y realidades*, 1865,
- GUTIÉRREZ, Eduardo. *Croquis y siluetas militares*, 1886.
- GUZMÁN, Luis. *Villa*, 1995.
- HEKER, Liliana. *El fin de la historia*, 1995.
- HOLMBERG, Eduardo L. "La casa endiablada", "Nelly" y "La bolsa de huesos", 1896.
- KOHAN, Martín. *Dos veces junio* (2002) y *Ciencias morales* (2008).
- KOZAMEH, Alicia. *Pasos bajo el agua*, 1987.
- LISTA, Ramón. *Exploración de la Pampa y de la Patagonia*, 1885.
- LUPO, Remigio. *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario "La Pampa" desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*, 1938.
- MANSILLA, Lucio Victorio. *Una excursión a los indios ranqueles*, 1870.
- MÁRMOL, José. *Amalia*. 1850-1855
- MORENO, Francisco Pascasio. *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz (con un plano y 42 láminas)*, 1897.
- PARTNOY, Alicia. *La escolita. Relatos testimoniales*, 2006. Originalmente: *The little School, Tales of disappearance & survival* (Estados Unidos, 1985) .
- PECHMANN, Guillermo. *El Campamento. 1878. Algunos cuentos históricos de fronteras y campañas*, 1938.

-POPPER, Julius. *Atlanta. Proyecto para la fundación de un pueblo marítimo en Tierra del Fuego y otros escritos*, 1893.

-PRADO, Manuel. "Campaña del Desierto", conferencia dada el 24 de mayo de 1920.

-RACEDO, Eduardo. *La conquista del Desierto. Memoria militar y descriptiva de la Tercera División Expedicionaria*, 1881.

- RIVERA INDARTE, José. *Poesías*, 1853

-SARMIENTO, Domingo F. *Facundo*, 1845.

-VILLEGAS, Conrado, *Campaña de los Andes al Sur de la Patagonia por la Segunda División del Ejército*, 1883.

-ZEBALLOS, Estanislao Severo, *Descripción amena de la República Argentina. Tomo I: Viaje al país de los araucanos*, 1881.

Fantasmas en el desierto.
Narrativa expedicionaria y cultura castrense en el siglo XIX

Claudia Torre

La *Conquista del Desierto* en la Argentina del siglo XIX ha producido una narrativa expedicionaria que reúne escritos muy diversos: informes militares, crónicas de fogón, croquis y biografías militares, relatos de extranjeros, memorias de expedicionarios y naturalistas. La mayoría de estas obras tienen, entre otras, una marca contundente: son escritas por encargo. Instituciones estatales, periódicos, sociedades geográficas y revistas científicas solicitan a estos autores la escritura de la experiencia del viaje al desierto. Estos relatos, por tanto, están atravesados por una fuerte pulsión documental, deben informar, registrar, relevar la experiencia de la expedición de acuerdo a parámetros a veces muy claros y otras, muy ambiguos. Esta ambigüedad es justamente la que habilita a leer la narrativa de la *Conquista del Desierto* como literaria. Es evidente que en los textos hay un esfuerzo enorme por copiar un modelo de relato de viaje militar y expedicionario que podría rastrearse en múltiples obras: la narrativa de la Conquista de Egipto de Napoleón, los Manuales de Guerra del Imperio Prusiano, las crónicas de la Conquista de América (aunque en menor grado) y los viejos relatos expedicionarios de los primeros cronistas que surcaron los mares y los territorios en busca de tesoros lejanos. Al mismo tiempo, y con el mismo vigor, cobran impulso los relatos previos de la literatura argentina, en particular *Martín Fierro* y *Una excursión a los indios ranqueles* que no solo son referidos sino también mencionados explícitamente.

Desde esta perspectiva, resulta sorprendente una serie de relatos de tipo fantástico que autores militares y científicos despliegan como parte de una narración sobre el desierto. No se trata del género fantástico en sí porque la narrativa expedicionaria no responde a ese estatuto ya que su imperativo es otro: el gran relato de la conquista territorial y de la construcción de una nación soberana de acuerdo al paradigma sociopolítico de la época: la consolidación del Estado Nacional. No obstante, al tratarse de textos autobiográficos y documentales al mismo tiempo, es llamativa la existencia en el interior de los relatos de algunas historias fantásticas. Tal es el caso de la crónica periodística de Remigio Lupo, corresponsal periodístico que acompañó la Expedición al Río Negro de 1879:

“El día cinco continuamos acampados en el mismo paraje. Llovía y los soldados y oficiales se agrupaban acurrucados formando animados corrillos en los que reinaba confianza y alegría. ¿De qué conversaban? ¿De qué habrían de conversar pues? Del Comandante Olivieri, de quien se contaban las cosas más extraordinarias, sin respeto a

su memoria. Hablábase de su crueldad para con los soldados que componían la colonia, crueldad que llegó hasta hacer construir pozos profundos y oscuros subterráneos, donde encerraba a sus subordinados sometiéndolos a crueles tormentos. Decíase que los que caían en aquellas lóbregas prisiones, permanecían allí días enteros, alimentándose con trozos de carne que les hacía arrojar por la boca de los pozos. Luego una comisión con los científicos, los médicos y el cronista van a ver el pozo y comprueban que es imposible que funcionara como cárcel porque en su interior los seres humanos se hubieran asfixiado con las emanaciones de ácido carbónico.”(Lupo, 1879-29)

Esta misma historia ya había sido referida por uno de los cronistas más legendarios de la conquista territorial: Francisco Moreno quien en había escrito en 1875, en carta a su padre: “Según algunos soldados el pozo maldito está habitado por un pájaro misterioso, el que habiendo sido encerrado y agarrado en un cuarto, se escapó sin abrir la puerta. Algunos creen que es el alma del cura, yo lo vi y me cercioré de que era un halcón” (Moreno, 1997-45)²

En ambas citas, el relato referido (al que también harán referencia otros escritos de la narrativa expedicionaria) cuenta una historia en clave fantástica: el suspenso, la impronta lóbrega, el deseo de develar el misterio pero al mismo tiempo de habitar en él, la aparición de un saber experto o de expertos que vendrán a descifrar o a develar lo ocurrido. En el marco de una discursividad documental -crónicas de viaje sobre la expedición enviadas al periódico, cartas que aunque personales refieren la acción estatal del Ejército en campaña- esta historia resulta llamativa porque en su pulsión denunciante en relación a las prácticas aberrantes del Comandante Olivieri, acuña un *fantasy* que llamaré rural y de cuya existencia pueden dar cuenta no sólo éste sino otros relatos en el interior de la narrativa del desierto.

El topos del desierto aterrador no es patrimonio de la Argentina del siglo XIX. El desierto infunde terror. Por su lejanía, por su extensión, por el vacío, por configurarse en aquellos años como lo desconocido. Ya en los viajes de los primeros cronistas, Antonio Pigafetta aseguraba haber visto gigantes que lo habitaban, seres extraños, casi *zombies*, inabordables. No es difícil decodificar el relato de Pigafetta, si pensamos que observó a los tehuelches y a los onas (tales eran las etnias a las que se refería) desde la perspectiva del barco, no desde el interior mismo del territorio. Y los vio inmensos, no sólo por sus vestimentas (enormes pieles de animales que servían a estas tribus para combatir el frío) sino

². El hijo de Francisco Pascasio Moreno compiló en un libro editado por El Elefante Blanco, las caras de su padre.

también por el ángulo desde el que la luz se manifestaba en territorios tan australes, la cual proyectaba las sombras de estos hombres encapotados y los hacía parecer el doble de grandes. Es difícil establecer si Pigafetta describió a estos seres o a su sombra. El mito de los gigantes de Pigafetta, nos habla sin embargo de algo más que de una constatación exploratoria del viajero. Nos habla de un imaginario previo que ofrece fórmulas a expedicionarios posteriores, para el relato de lo que podía hallarse en aquellos territorios tan lejanos : ¿habría formas humanas? ¿qué tipo de seres podían habitar esas geografías? ¿cómo relatar lo desconocido? Lo cierto es que naturaleza y deseo de conquista habilitaron ensoñaciones múltiples, algunas de ellas fantasmáticas.³ Esto explica que ya en el siglo XIX, ir a la Patagonia significara aún para muchos expedicionarios ir a una tierra extraña donde habitaban seres extraños. El desierto puede aparecer como un espacio real, peligroso o monótono (depende el caso) pero, ni siquiera en nombre del realismo documental, pierde su estatuto enigmático. “Se trataba de explorar un desierto en el cual ni raíces se encontraban para hacer fuego. Quién sabe si no íbamos a la luna.” (Prado, 1892-13) La metáfora del Comandante Manuel Prado, ilustra una situación efectiva: el desierto más allá de la isla de Choele- Choel era una tierra nueva para el Ejército. Prado señala más adelante: “Y en la oración llegamos a Junín. Aquí empezaba el misterio, y se abría ante mis ojos, inmensa y enigmática, la puerta sombría del desierto” (Prado, 1892-14)

La narración del espacio vinculada a lo sublime, en sus versiones oximorónicas -horror delicioso o tranquilidad terrorífica- emparentan estos relatos con la narración de una naturaleza salvaje, adorable y excitante pero al mismo tiempo inquietante, en la perspectiva kantiana (Mulvey Roberts, 1998-27) En este sentido, exclusivamente es que se puede tener en cuenta para abordar la narrativa expedicionaria, la mirada romántica, o tal vez neo-romántica post-echeverriana en la representación de la naturaleza y en la construcción de una nación.

Esta zona fantástica en la narrativa expedicionaria del siglo XIX, puede leerse en los cuentos de fogón de Prado o en las crónicas periodísticas de Lupo, en las *Reminiscencias* de Francisco Moreno, pero también en la *Memoria Militar* de Eduardo Racedo y en las crónicas de la expedición al Río Negro que el topógrafo francés contratado por Alsina, Alfred Ebelot escribió para la *Review des Deux Mondes*. Todas estas narraciones improvisan el *fantasy* que les dicta normas de escritura.

³ Las ensoñaciones no son sólo fantasmáticas. Tal es el caso de los sueños del sacerdote católico italiano San Juan Bosco que promovieron los viajes de misioneros salesianos que venían a la Patagonia en busca de almas irredentas. Sorprende, como señala María Eugenia Scarzanella con una ironía exquisita, cuanto coinciden las ensoñaciones o iluminaciones espirituales de Bosco con los Atlas de Geografía de la época y sus coordenadas económico-sociales. Véase Eugenia Scarzanella, *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

“encontramos a un indio abandonado en una casucha, asquerosamente tumefacto, verdaderamente espantoso, acababa de expirar. Los soldados se hacinaban en la entrada para verlo, alumbrándose con fósforos. Lo horrible no les disgusta, sobre todo cuando son sus enemigos, quienes le ofrecen el espectáculo, y no faltó un bromista que dirigiera un irónico adiós al difunto (Ebelot, 1879-108)”.

Y la escena se refuerza con una suerte de gótico del desierto:

“El aspecto de la choza, el claro del bosque donde se cernía la muerte, la luz de la luna a cada instante velada por nubes tormentosas, las rudas formas de los algarrobos, la sombra que proyectaban sobre el charco luciente y apestoso, las siluetas de los soldados deslizándose sin ruido por la orilla, todo parecía calculado para acentuar el horror que exhala en la noche, la soledad y la selva. Si había indios en las cercanías y si son sensibles a las cosas inanimadas, debieron pensar que la naturaleza se ponía en su contra, después del hambre, la peste y la guerra, y que se volvía cómplice de la obra terrible que estábamos cumpliendo: la supresión de su raza.”(Ebelot, 1879-108)

Todo el instrumental gótico más previsible al servicio de la descripción de un paraje exótico que el lector francés, podrá disfrutar en la *Review des Deux Mondes*. Pero Ebelot agrega dos torsiones a este relato gótico; por un lado, la aparición de los indios como posibles hermeneutas del relato fantasmático y por el otro lado, el gótico para referir la violencia del Estado. He aquí una línea que encuentra ecos, ya avanzado el siglo XX, en la representación de la Mansión Seré, en la última dictadura militar: el centro de detención clandestina de la última dictadura militar aparece muchas veces fotografiada desde abajo, con una toma semicircular, en un contexto nocturno o con una iluminación lóbrega, como si esos efectos logaran denunciar más eficazmente el terror del terrorismo de Estado de la Argentina de la década de 1970.

Encontramos, en la narrativa del desierto, historias que testimonian suicidios de soldados con la sucedánea superstición de la tropa de que esas almas vuelven para vengarse, muertos que hablan, relaciones de aparecidos en el fogón, fosos de donde provienen sonidos y voces fantasmales, noches en el desierto, elementos sobrenaturales, muertos de viruela encontrados en la oscuridad y reconocidos a la luz de un pequeño fósforo; el fondo del horror se vislumbra en rasgos terribles: abismos geográficos, criaturas fantasmales, sangre, rostros de los muertos, soldados flacos y muertos, cementerios tehuelches profanados.

Si el horror contrae y paraliza mientras que el terror expande y excita la imaginación, de acuerdo a las definiciones de Marie Mulveys Roberts, también es posible pensar esta narrativa desde esta última definición de terror y ver su costado fantasmático-picaresco, que

es el que da forma a este *fantasy rural*, cuyos chispeantes relatos de aparecidos para asustar a los desprevenidos y burlar a los compañeros melancólicos, tienen una clara raigambre popular. He aquí una vertiente: la relación entre lo fantástico del relato expedicionario y la cultura popular representativa de la soldadesca en su mayoría analfabeta, con experiencia carcelaria, desprovista de todo privilegio, condenada a la dura vida de frontera.

Por su parte, los relatos del horror –ya no del terror- en la conquista del desierto, son cooptados por las voces autorizadas, tal es la razón por la que figuran en las memorias de los militares de charretera como Eduardo Racedo para ilustrar, por un lado, la barbarie de la soldadesca y por el otro, el disciplinamiento que el Ejército debe llevar a cabo para profesionalizarse y para educar a los hijos de la barbarie gaucha. El Ejército convierte horror en terror, y en esto parece radicar gran parte de su estrategia de control. En este último sentido, lo fantasmático funciona como una transgresión a la autoridad (superstición popular relatada en el *vivac* del fogón versus racionalidad ilustrada) o como un gesto conservador (la racionalidad ilustrada disciplina, corrige, enmienda la cultura popular) estableciéndose, de este modo, el estatuto bifronte de el *fantasy de la pampa argentina*.

¿Por qué la imaginación castrense apela en su narrativa expedicionaria, al arsenal fantasmagórico? Los militares de rango que participaron de las expediciones al desierto provenientes de Buenos Aires, tenían en su haber -además de la superstición de la soldadesca, de cuño rural- la cultura de la fantasía científica –de cuño urbano- porque muchos de ellos además de hacer 2000 km a caballo en el desierto, asistían a las veladas literario científicas de la época, frecuentaban círculos de discusiones científicas o pseudocientíficas, leían revistas y libros sobre el tema que circulaban en Buenos Aires, es decir no eran ajenos a los debates y a la circulación de saberes científicos, pseudocientíficos y fantasmagóricos propios de aquel clima de época.

Por último, a pesar de que el relato fantasmagorizado de la frontera, remite la más de las veces al relato de la vigilancia y del castigo, un autor expedicionario como el general Eduardo Racedo se vuelve, curiosamente compilador no sólo de los hechos y acontecimientos de la expedición y de la guerra, sino de lo que él mismo consideraba una burda superstición popular, cuando escribe: “El soldado no pondrá el primer pedazo de carne en la olla, sin antes hacer con ella una cruz, a objeto de evitar que el diablo arroje pelos en la comida, como ellos dicen. Estas y otras supersticiones tan frecuentes en el soldado sólo se explican por su carencia de principios de sólida moral.”(Racedo, 1881-47)

La documentación del *fantasy rural* pone en escena la arbitrariedad de un ejército autoritario y poco profesional que maltrata a sus soldados, refiere una moral castrense del viejo orden, que es condenada en la voz del oficial superior, pero que, aún no ha sido abolida.

¿Es la cultura popular rural y supersticiosa la que funciona como mediadora entre lo real y lo imaginario? En una línea metonímica: el terror habla de la superstición, ésta habla del miedo, el miedo habla de la arbitrariedad, la arbitrariedad habilita la denuncia y ésta indefectiblemente articula la venganza. El fantasma consume la venganza.

Según Giorgio Agambem el deseo niega y a la vez afirma su objeto y entra en relación con algo que de otro modo no hubiera podido ser ni apropiado ni gozado y es desde aquí desde donde se puede reconstruir una *teoría del fantasma*. Agambem piensa la estancia –morada o receptáculo- en la poesía trovadoresca europea del siglo XIII. Sin embargo, más allá de la imbricación particular entre esta teoría y su acotado objeto de estudio, es posible pensar con este trabajo, las condiciones de esta narrativa expedicionaria argentina: una topología de lo irreal: solo cuando el sujeto se apropia de lo irreal, puede –en consecuencia- apropiarse de lo real. Por eso la exploración topológica está orientada por la utopía: el espíritu humano busca apropiarse de lo que –irremediabilmente- debe permanecer inapropiable.

Si el desierto se sabe siempre enigma, es posible que en él haya un *faro del fin del mundo*, haya *fusilados que hablan*, y que seguirán hablando tantos años después en las *operaciones masacre*. Es posible que haya, en fin, una bruma gótica radical y constitutiva que ningún ejército, ningún viajero, ningún científico, podrá jamás revelar. Si bien siempre la referencia a la superstición se remata con el dato científico o con la máxima moral, sorprende que, tal vez como narración etnográfica –etnografía castrense del sí mismo- el desierto no pueda dejar de constituirse como un conjunto de registros temáticos: el soldado supersticioso de la frontera, el fantasma de la campaña, el miedo del pobre, el terror del *naiides*.

BIBLIOGRAFÍA

Agambem, Giorgio. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Valencia: Textos, 2006.

Ebelot, Alfred. “La expedición al Río Negro” en *Relatos de la frontera*. Buenos Aires: Editorial Hachette, 1960.

Lupo, Remigio. *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario La Pampa desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Buenos Aires: Freeland, 1968.

Mulvey-Roberts, Marie. *The Handbook to Gothic Literature*. New York: NYU Press, 1998.

Moreno, Francisco. *Reminiscencias del Perito Moreno*. Versión propia recopilada por Eduardo Moreno. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1997.

Prado, Manuel. *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. 1892. Buenos Aires: Hachette, 1960.

Racedo, Eduardo. *Memoria militar y descriptiva de la Tercera División Expedicionaria*. 1881. Buenos Aires: Plus Ultra, 1965.

Torre, Claudia (Estudio Preliminar y selección de textos). *El otro desierto de la nación argentina*. Antología de Narrativa Expedicionaria. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2011.

Torre, Claudia. *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
